

presencia significativa y de una fuerza laboral consciente, impone un grado de madurez determinado que no visualizamos aún en nuestra sociedad del siglo XIX. De allí entonces que el crecimiento económico significativo que se advierte no se tradujera en efectivo desarrollo económico. De esta forma el proceso de industrialización no se constituyó, como sostiene Kirsch, en un foco de desarrollo, pues su dinamismo no se proyecta a otros sectores. De otra parte, la ausencia de capacidad empresarial explicaría el predominio amplio de los empresarios europeos, preferentemente en las industrias que requerían mayor tecnificación.

En suma, la investigación de los profesores Villalobos y Sagredo ha abierto una atractiva veta en esta temática y ha aportado sugerencias de importancia para los especialistas. La ausencia de investigaciones sobre los temas en cuestión multiplica el mérito de este aporte, sobre todo porque ha creado una base de sustentación para continuar contribuyendo positivamente a estimular la búsqueda de nuevas respuestas.

Baldomero Estrada

Carlos Andrade Geywitz
GÉNESIS DE LAS CONSTITUCIONES DE 1925 Y 1980
Santiago, Editorial Jurídica Ediar-Cono Sur Ltda.

En momento muy oportuno por la situación nacional, el profesor don Carlos Andrade Geywitz ha dado conocimiento público, bajo el sello de la Editorial Jurídica "Ediar Cono Sur Ltda.", del trabajo que tiene como título el del epígrafe.

Se trata, puede decirse, de una síntesis de nuestro historial cívico en dos temas tan trascendentales como son los que se refieren a la incorporación en nuestro ordenamiento jurídico de las Cartas de 1925 y 1980.

El profesor Andrade se encontraba en posición privilegiada para desarrollar tal labor, en razón de su vasta experiencia como eficiente funcionario en la secretaría de comisiones de la Cámara de Diputados, como prestigioso profesor en asignaturas de Derecho Público en establecimientos universitarios y de enseñanza superior y como autor de la valiosa obra, que ha tenido más de una edición, "Elementos de Derecho Constitucional Chileno" (Editorial Jurídica de Chile).

En circunstancias que el país atraviesa horas expectantes, con motivo de la preparación de la próxima consulta plebiscitaria, los debates, con razón apasionados, a que esa jornada ciudadana da lugar, tendrán en estas páginas el ilustrado apoyo del cúmulo de antecedentes en ellas proporcionados con excelente criterio selectivo, escrupulosa exactitud e indiscutible imparcialidad.

Al felicitar muy sinceramente al autor por su trabajo, me es grato expresar mi concordancia con el juicio del profesor don Mario Verdugo que, en su presentación inicial destaca el trabajo en su nivel académico, por la "acuciosidad en la búsqueda de las fuentes y objetividad en la apreciación de las mismas".

Alejandro Silva Bascuñán

DIMENSIÓN HISTÓRICA DE CHILE
Número 3, pp. 402

El comentario de libros y publicaciones históricas en Chile suele ser muy liviano. Generalmente son reseñas que apuntan a tal o cual aspecto, informan del contenido y expresan opiniones laudatorias. Falta una real crítica, analítica y realizada a fondo, de modo que resulte una verdadera forma de orientación y se traduzca en aportes.

El tono complaciente y amistoso y quizás una cierta pereza, deterioran el nivel de la crítica. Pensemos, además, que la réplica del autor también debería ser una práctica; cuando se puede replicar.

Dentro de este criterio, presentamos ahora este comentario.

Con la publicación del número 3, la revista *Dimensión histórica de Chile*, editada por el Departamento de Historia de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, demuestra que se va afianzando como publicación.

Encabeza los artículos *El concepto de burguesía en la historiografía chilena* de Álvaro Góngora Escobedo, que fuera elaborado por el autor como parte de sus tareas en el Instituto Blas Cañas. Es necesario decir, para ser justos, que no sólo conocíamos ya su contenido, sino, además, que la lectura de los originales nos estimuló para escribir *Origen y ascenso de la burguesía chilena*, con el propósito de fijar mejor nuestras ideas, que el profesor Góngora exponía y comentaba sobre la base de unos cuantos escritos en que de paso nos habíamos referido al tema.

Ha habido, pues, un diálogo escrito y hablado que para el autor de este comentario ha sido útil.

En su exposición, Góngora pasa revista a los distintos conceptos de burguesía usados por los investigadores sin haber definido ni sistematizado el término. El resultado ha sido un conjunto desconcertante de opiniones, que el autor procuró sistematizar, en un esfuerzo de deducciones que deja en claro un solo hecho: la ambigüedad de los conceptos empleados por los investigadores.

La confusión mayor se encuentra en Julio Heise, que emplea sin discriminar expresiones tales como burguesía, aristocracia, burguesía criolla, burguesía agrícola (sic), burguesía parlamentaria, burguesía financiera, clase alta, etc.

En lo que a nosotros respecta, Góngora ha inferido juiciosamente lo que pensábamos y seguimos pensando; pero fueron algunas de sus dudas sobre la existencia de burguesía, y quizás su dimensión, como asimismo la índole de sus actividades y su espíritu, lo que nos movió a redactar *Origen y ascenso de la burguesía chilena*. Por eso incluimos allí farragosas listas de chilenos y extranjeros, comerciantes, mineros, industriales, terratenientes y banqueros y fijamos algunos datos sobre sus tareas y bienes materiales. A la vez establecimos etapas, transformaciones y fusiones y, lo que es muy importante para el tema, la ética, las costumbres y las liviandades.

Ésta ha sido, pues, una experiencia muy satisfactoria, que ha tenido la virtud de dejar en el tapete el tema de la burguesía. No dudamos que pronto aparecerán las plumas y las armas en una contienda ya trabada.

El segundo artículo incluido en *Dimensión histórica* es el de Patricia Arancibia Clavel *Recepción y crítica a Raza chilena: los 6 comentarios de Miguel de Unamuno*, derivado de sus investigaciones para obtener el grado de doctor en la Universidad Complutense de Madrid.

Una información segura y meditada, permite a la autora exponer de manera sugerente un capítulo poco conocido relativo a la obra del doctor Nicolás Palacios. Admira, por sobre todo, la insistencia de algunos personajes para mendigar un comentario de Unamuno, que revela la importancia atribuida a *Raza chilena*. Después de mucho resistirse, el autor de la *Vida de don Quijote y Sancho* envió su largo comentario, en que, como es bien sabido, fustigó a Palacios y a los chilenos.

Estos episodios representan, sin duda, el choque entre el patrioterismo iluso de los chilenos, en momentos de crisis y de búsqueda nacionalista, y el criterio sólido, razonado y objetivo de Unamuno. Es un fenómeno que no desapareció entonces, sino que sigue estando presente.

Siempre en relación con Unamuno, Dina Escobar Guić y Jorge Ivulic Gómez publican *Cartas inéditas de don Juan Enrique Lagarrigue Alessandri a don Miguel de Unamuno. Un pasaje del positivismo en Chile*. Se trata de siete misivas que Lagarrigue, gran majadero, envió al Rector de Salamanca con el objeto de convertirlo a la "religión de la humanidad". Admira en el primero la insistencia y en el segundo la paciencia, lo que hace pensar que la sangre vasca, a despecho de los racistas, daba para cualquier cosa.

Una introducción, meticulosa y más larga de lo necesario para el carácter de la correspondencia, es correcta y demuestra una preocupación seria por el asunto, poniéndolo en un marco general. Nos preguntamos, sin embargo, si era necesario puntualizar el pensamiento positivista de Comte en una revista especializada.

Gonzalo Vial aborda *El pensamiento social de Jaime Eyzaguirre*, tema asaz polémico y por supuesto interesante. El artículo tiene un carácter reivindicativo y procura deshacer la imagen de historiador aristocrático y conservador de Eyzaguirre, según es público y notorio y ha sido precisado por diversos estudiosos.

Mediante buenos antecedentes, Vial caracteriza la formación familiar y espiritual del historiador en el contacto con personas de profundos sentimientos religiosos y sociales. Describe también

su labor intelectual en la década de 1930, especialmente en la revista *Estudios*. Eran los años en que el antagonismo mundial entre la democracia liberal y el marxismo habían abierto paso a la doctrina social de la Iglesia, el fascismo y el corporativismo. Muchos anduvieron involucrados en esas tendencias, que aparecían como posibilidades renovadoras en momentos de grandes conflictos sociales y políticos. Es natural que los contemporáneos no percibiesen con claridad las contradicciones implícitas y que sólo la experiencia y el tiempo dejaran ver los significados reales.

El análisis de Vial, sin embargo, es incompleto y tendencioso, como resultado de su propia condición aristocrática y conservadora, influida por el mismo Eyzaguirre.

Sería largo desvirtuar las apreciaciones de Vial, que sobran y están implícitas en la propia obra de Eyzaguirre. En todo caso, de manera breve mencionaremos los principales aspectos, que no sería difícil desarrollar en extenso y que quizás haremos algún día.

Eyzaguirre tenía un fuerte sentimiento aristocrático, expresado en la preocupación por sus antepasados y por las familias linajudas. A algunos personajes dedicó estudios biográficos y publicó documentos de ellos.

Tuvo propensión por la genealogía, la cultivó y fue miembro del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas.

Varias veces afirma en sus escritos la admiración por la aristocracia que encabezaba en forma jerarquizada la sociedad colonial. Especial interés tenía por los vascos, que reemplazaron a “la antigua aristocracia andaluza y extremeña, que había ido a volcar su sedimento aborigen y su idiosincrasia aventurera, anárquica y perezosa en los bajos estratos sociales”. Los vascos tenían pureza de sangre, cultura europea, espíritu sobrio y emprendedor (*Los antepasados de don Agustín de Eyzaguirre*). Es fácil advertir en esas ideas el racismo como explicación del orden social.

También empleó, en algunas de sus obras, términos despectivos para referirse a los indígenas, masa amorfa sin destino, que fue orientada en un sentido trascendente por el “verbo imperial de España”. Utilizó, además, la expresión “república de los indios”, acuñada por un historiador español para enaltecer la situación estamental creada a los nativos, tendiendo, así, un velo rosado sobre la cruda realidad en que éstos quedaron arrinconados. Eyzaguirre se movía en un plano de palabras grandilocuentes de carácter épico, que no era más que la expresión de su mundo inspirado por los sentimientos aristocráticos, la literatura y la prosopopeya jurídica. Desconocía la antropología y no había profundizado en las ciencias sociales, de ahí la limitación de sus percepciones y su falta de verdadera conciencia social. Jamás le interesó un tema sobre los sectores sociales modestos, los pobres, o los sometidos, los proletarios o la clase media, ni comprendió la realidad de los sucesivos sistemas sociales. Sólo tenía palabras de oro y plata para el idealismo, la bondad, el espíritu cristiano y la generosidad de la aristocracia. Historiográficamente los sectores desvalidos no le interesaban como tales, sino en cuanto podían ser objeto de la bondad aristocrática.

Todos estos hechos y algunos otros fueron expuestos por nosotros en una larga polémica con Vial que tuvo lugar en las páginas de la revista *Qué pasa* en los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1980. En esa ocasión, Vial no pudo responder a ninguno de los hechos concretos y trató de refugiarse en frases ingeniosas. Ahora tampoco se ha hecho cargo de las observaciones, que siguen en pie sin haber sido desvirtuadas.

Dentro del rigor histórico y para que una investigación tenga validez, es necesario rebatir las afirmaciones contrarias formuladas con anterioridad, porque de otro modo sólo resulta una maniobra arbitraria para escabullir el bulto.

La selección caprichosa de los testimonios y la omisión de otros distintos, invalida la objetividad. La historia puede ser falsificada por omisión.

Existe todavía una consideración relativa al pensamiento social de Eyzaguirre que no queremos dejar inadvertida y que Gonzalo Vial oculta extrañamente.

Si bien en la década de 1930 pueden adjudicarse algunas preocupaciones sociales al autor de *Ventura de don Pedro de Valdivia*, no hay asomo de ellas en años posteriores, mientras sus coetáneos de ideales sociales cristianos o católicos —como quiera llamárseles— siguieron en una lucha ideológica y política por los más humildes. Por el contrario, Eyzaguirre se identificó con la tendencia conservadora del hispanismo, se sintió complacido con la dictadura de Franco, fue distinguido y condecorado por ella y tuvo una gran acogida en la España de entonces, desde donde

fue invitado varias veces. Fue colaborador del Instituto de Cultura Hispánica y amigo entrañable de la embajada española.

Para calibrar el pensamiento social de Eyzaguirre es indispensable analizar todos esos hechos. Pero todavía hay más.

Gonzalo Vial afirma que el espíritu social que guiaba a Eyzaguirre no era la simple caridad y el paternalismo y fundamenta su opinión en algunos escritos donde aparecen afirmaciones rotundas sobre ciertas reformas que era necesario efectuar. El énfasis, no obstante, y aunque el ensayista conservador propiciaba, al parecer, medidas a través del Estado, puede encontrarse perfectamente dentro de una línea caritativa y paternalista.

La diferencia reside en que la caridad y el paternalismo emanan sólo de la conciencia individual, que eventualmente podría traducirse en una legislación. Es decir, es un rasgo bondadoso de los patrones y de su clase, una concesión graciosa. En cambio, un verdadero sentido social proviene de los derechos mismos de los trabajadores, es impulsado o impuesto por ellos y por quienes se identifican con su causa.

Frente a ese dilema, Eyzaguirre se expresa con claridad en el artículo que hemos mencionado. Refiriéndose a los patricios de su familia anota que: "servir fue el lema de esos claros varones, realizar en su mayor pureza el anhelo de la caridad cristiana".

En otro párrafo, aludiendo a las primeras décadas del siglo actual, escribe con su altivez acostumbrada: "Al antiguo espíritu vasco, sobrio, previsor, de cristianas virtudes patriarcales y noble arraigo nacionalista, suceden el lujo y el derroche, la relajación de los vínculos familiares y una postura de desdén y de indiferente cosmopolitismo ante los graves problemas chilenos. La clase dirigente ya no actúa como otrora en ruta de creciente avance, sino en ademán negativo de defensa. En el fondo, ella ha perdido la fe en su destino y sólo aspira a salvar de la racha revolucionaria los restos de un viejo poderío que se muestra incapaz de restaurar".

No hay duda de que el célebre hispanista pensaba en la aristocracia como la clase rectora y que añoraba el viejo sistema.

Finalmente, Eyzaguirre concluía que "las aristocracias que han perdido de vista su razón de ser, que cristianamente hablando no es otra que el darse por entero al alivio de los pobres y necesitados, con quienes Cristo se identificó, carecen de sentido y justificación. Al trocar ellas el deber de servir por el privilegio de ser servidas; al oprimir a los débiles con el peso de injustas cargas y llevar una existencia de estúpida banalidad y derroche, cuando no depravada licencia, se han transformado en detestables oligarquías que tarde o temprano caerán arrolladas por el ciclón de la vindicta popular".

Una vez más el temor y la añoranza de clara raíz conservadora. Se desintegra la aristocracia y deviene en una detestable oligarquía, ahí está todo el problema. Falta la clase tutelar.

El paternalismo y la caridad suelen ser considerados como una auténtica expresión cristiana y humanitaria, propia de épocas pasadas. En la actual centuria, en cambio, se la estima como un alivio de la conciencia y mecanismo para amortiguar el descontento e impedir la destrucción del sistema. Queda por averiguar a cuál tipo corresponde la actitud de Eyzaguirre.

En todo caso, no hay duda de que es una posición conservadora y aristocrática.

Un segundo artículo de Vial forma parte de la polémica que viene sosteniendo con Cristián Gazmuri en torno al dilema de crisis o decadencia para calificar al período que culmina en 1973. Gazmuri ha caracterizado el hecho como crisis dentro de un sistema que ha sido, en general, exitoso y que debe continuar, mientras Vial piensa en una decadencia de él y su término.

Los argumentos de Vial no pueden ser más débiles. Adopta, en una actitud defensiva, la impugnación de conservador aplicada a él, que parece agobiarle, y se pregunta reiteradamente en qué consiste ser conservador. Resulta increíble que después de tantos años de actividad intelectual no tenga idea clara de esa categoría, que Gazmuri por supuesto no ha definido.

Podrán discutirse algunos elementos del conservantismo, necesariamente diferentes de una época a otra, pero no la definición básica, que cualquier hijo de vecino es capaz de comprender.

Vial cultiva con ahínco el sarcasmo y muestra algún arrepentimiento por ello, pero en su artículo recurre nuevamente a él. Por nuestra parte, no nos parece indebido emplearlo cuando un asunto obvio es impugnado con majaderismo o si el mismo recurso es usado por un contradictor.

La insistencia del autor de *El africano en el reino de Chile* para solicitar una definición de

conservador nos ha traído el recuerdo de un episodio en el parlamento chileno cuando se debatían las reformas laicas. Un antepasado de Encina, en medio de la discusión, para dárselas de meticoloso y profundo, pidió la palabra y con voz campanuda expresó a la sala: —“Yo me pregunto qué es el Estado y qué es la Iglesia...”. Pero antes que pudiese continuar, un colega le contestó con soltura— “Su señoría, el Estado es la Moneda y la Iglesia es la Catedral”.

No garantizamos la fidelidad de las palabras, pues citamos de memoria.

En este comentario, Vial tampoco encontrará la definición de conservador. Podrá seguir haciéndose la pregunta *ad nauseam*.

Es indudable que el enigma defensivo de Gonzalo Vial descansa en un desconocimiento de la historia mundial, los grandes temas debatidos secularmente y la historiografía moderna, sin lo cual es imposible acercarse a la historia de Chile. Algunos errores palmarios confirman ese desconocimiento: creer que en Francia hubo una “revolución” encabezada por el general Boulanger o dar por sentado que la casa de Saboya dejó de reinar en Italia durante el mando de Mussolini.

La falta de manejo de conceptos generales de la historia y, por lo tanto, de la percepción al enfrentar un caso específico, queda en evidencia cuando Vial rebate algunas afirmaciones de Gazmuri sobre la tendencia conservadora o pelucona. Vial entra en disquisiciones sobre la diferencia entre el grupo pelucón y el posterior Partido Conservador, sin captar que Gazmuri se refería a la tendencia conservadora, llámese como se llamare y cualquiera fuese su nombre.

Con todo, el fondo del artículo, destinado a probar la decadencia de Chile, es la parte más equivocada e insatisfactoria. Demos por aceptado que en lo político e institucional se desembocó en una grave crisis, pero ¿es ello suficiente para descalificar a un período histórico? No olvidemos que por regla general los períodos concluyen en crisis y a veces violentas.

En el plano social y económico, Vial también cree ver un fracaso y avanza algunos porcentajes que además de discutibles son engañosos para apreciar lo ocurrido entre 1920 y 1970. Estima muy pobre el crecimiento del Producto Geográfico Bruto (PGB) *per capita*, en circunstancias que es indudable una mejora del nivel de vida en todas las capas sociales y que el progreso general fue notorio. No basta decir que en toda época ha habido un avance.

Según entendemos, el mismo Vial ha descrito en su *Historia de Chile* en forma patética y muy honesta el pauperismo y las lacras sociales a comienzos de siglo, de modo que con igual honestidad podrá apreciar los cambios hacia 1950 ó 1970. No podrá desconocerlo y para ello le bastará recordar cómo era el país en la década de 1940: un país con racionamiento eléctrico y eventualmente con agua, carente de caminos modernos, donde el pavimento se reducía a cortos tramos cercanos a Santiago; época con modesta estructura industrial y equipamiento anticuado, escasas instalaciones portuarias y aeródromos con pistas de tierra y en pocas ciudades. Tiempos en que hasta para obtener teléfono era necesario estar inscrito por largos años. Pero entonces ya comenzaban a dar frutos las políticas desarrolladas desde 1924 en los campos de la salud, la instrucción pública y la vivienda. El desenvolvimiento de la clase media y del elemento obrero son los testimonios más impresionantes; aunque Vial no debe valorar ese aspecto.

Algunos criterios usados por Vial para juzgar el aspecto económico son muy curiosos y revelan que no tiene ningún manejo de esa materia. Afirma que en aquella época el crecimiento tuvo porcentajes iguales, de encontrar favorable esos indicadores, le parecen adversos porque un país “superdesarrollado” no necesita crecer con igual rapidez que un país pobre.

Es probable que en un sentido absolutamente ideal esa afirmación pudiese ser deseable, pero en el plano de las realidades es sólo una ingenuidad. Desconoce, Vial, que la diferencia entre desarrollados y subdesarrollados es una brecha que se agranda sin cesar.

Extraños resultan, también, otras consideraciones sobre el escaso desarrollo chileno entre 1952 y 1970, aun suponiendo que los porcentajes que anota sean exactos. La comparación con otros países latinoamericanos es muy engañosa, en cuanto se trata de realidades distintas, donde juegan factores diversos. Para poder comparar modelos de crecimiento es indispensable que esos modelos sean cerrados o completos, de modo que ninguna variable quede fuera. Sólo de esa manera es posible aislar la incidencia de una u otra variable o pronunciarse sobre la bondad de algún sistema económico.

Para ser más claro, porque en esto de la economía parece que hay sus dificultades, digamos, a manera de ejemplo, que no es posible pronunciarse sobre la exportación chilena a Europa compa-

rándola con la del Brasil si no se neutraliza la variable de los fletes, deformada por la posición geográfica.

¿Cómo compararnos con el chorro petrolífero de Venezuela o con un México de enorme territorio y población, vecino a los Estados Unidos, con bajísimo gasto en defensa y enfrentado a dos océanos de gran actividad? En suma, no pueden hacerse comparaciones de bulto.

Cabe preguntarse, por simple lógica, si el mayor desarrollo que cree ver Gonzalo Vial en otros países latinoamericanos se debió a políticas distintas o son el resultado de políticas similares. Como una simple duda, se nos ocurre que habría que considerar si la política económica y social de México, a pesar de sus mitos, o el populismo de Getulio Vargas y de Juan Domingo Perón, fueron en esencia distintos al caso chileno.

Quedándonos en el campo de las comparaciones, aunque desde otro ángulo, vale la pena tener en cuenta que en la década de 1960 Chile ocupaba rangos muy favorables en Latinoamérica, atendiendo a diversos indicadores. Generalmente estaba en el tercer lugar en consumo de electricidad y acero *per capita*, ocupaba igual posición o aún mejor en alfabetismo, era el cuarto como editor de libros y poseía una baja tasa de mortalidad infantil, todo esto en circunstancias que su ingreso *per capita* no era de los más favorables, lo que habla de una prudente distribución del ingreso y del papel corrector del Estado en materia social.

Debe apreciarse, por otro lado, que todos esos aspectos representaban una tendencia muy armónica entre los diversos aspectos. No éramos los primeros en nada, salvo la poesía, pero siempre estábamos en buen nivel. En cambio, Brasil o México nos superaban en muchos aspectos, pero a la vez tenían niveles de pobreza y analfabetismo pavorosos.

En Chile, además, todo se logró por las vías de la democracia, la convivencia y la evolución. No es un éxito desdeñable.

El número de *Dimensión histórica de Chile* que comentamos cuenta con una sección de *Recensiones bibliográficas*, cuyo carácter no queda bien definido a juzgar por su contenido. En ella se incluyen dos buenos comentarios de Nicolás Cruz y Santiago Lorenzo, pero hay otros debidos a Gonzalo Vial que son insatisfactorios. El dedicado al libro de Ricardo Couyoumdjian *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial*, es demasiado superficial para una obra de esa importancia. En él encontramos, además, un hecho paradójico: el comentarista, que ha escrito densos volúmenes sobre la misma época, se muestra sorprendido de que hubiese una significativa participación chilena en la industria salitrera, en circunstancias de que siempre han sido bien conocidas, por ejemplo, las actividades salitreras de Francisco Subercaseaux y del Banco Mobiliario. Igualmente sorprendente es el relieve que otorga Vial al reemplazo de la influencia británica por la norteamericana a raíz de la Gran Guerra, hecho sobradamente conocido en la historiografía latinoamericana y obvio en lo que a Chile respecta. Basta saber cuáles son los años en que se comenzó la explotación de Potrerillos, El Teniente y Chuquicamata.

Vial comenta, también, la obra de Ricardo Ferrando, *Y así nació la Frontera*, una obra de divulgación de criterio anticuado. En su opinión, es "un libro completo y documentado, en gran parte original, y de alto valor y trascendencia para el conocimiento de su tema".

La verdad es que la obra de Ferrando, teniendo buena intención, no adelanta casi nada en lo ya conocido y que se mantiene en una visión absolutamente tradicional. Desde luego, no posee la riqueza de la llamada "historia de las fronteras" —un concepto universal— ni considera los tres o cuatro libros publicados últimamente en Chile sobre el tema en la Araucanía, y que han modificado sustancialmente el enfoque. Vial parece ignorar la existencia de esos libros y con una mentalidad también anticuada, no sale del elogio de carácter épico.

Para comentar un libro y poder situarlo en la historiografía, es imprescindible conocer el tema.

Recorrer *Dimensión histórica* es tropezar a cada paso con Gonzalo Vial. Todavía dedica unos párrafos a diversos trabajos sobre el siglo xx, en que no hay ningún análisis y que por su brevedad parecen notas periodísticas para informar solamente de la aparición de tal o cual libro. Para peor de males, el comentarista señala de paso y con desdén que se trata de escritos con carga ideológica izquierdista, feminista u obrerista que, invirtiendo el raciocinio, nos hace pensar de inmediato si las publicaciones de Vial no tienen carga ideológica, intereses de clase, etc.

La cuestión, en términos científicos, es que más allá de cualquier signo que pueda tener una investigación, lo único válido es su aporte de acuerdo con el método histórico. No cabe descartar a

priori su contenido. Es posible, no obstante, calificar la deformación ideológica mediante un análisis detenido y con pruebas objetivas, es decir, con probidad. No basta decir que se es científico y objetivo.

En resumen, el número 3 de *Dimensión histórica de Chile* incluye algunas investigaciones meritorias que permiten confiar en su futuro; pero es necesario seleccionar mejor a los colaboradores de acuerdo con los niveles de una especialidad universitaria.

Sergio Villalobos R.